

NARRATIVA FLAMINGOS

MUJER DE SAL

*A ti Alberto Anguiano García
por llevar la sonrisa de Dios sobre tus labios...*

Esa noche la mujer de Lot se convirtió en estatua de sal...

¿Qué había pasado? Las ciudades eran azotadas por la furia de Dios, sólo Lot con sus hijas y su esposa habían sido perdonados, caminaron rápidamente bajo la advertencia de no virar, pero la mujer de Lot invadida de curiosidad, volteó, en ese momento se convirtió en estatua de sal. Lot, con lágrimas en los ojos, siguió su camino al lado de sus hijas, en su mente se tatuó la idea de que su mujer formaba parte de la destrucción de Sodoma, nunca más volvió a pronunciar su nombre, nunca más fue recordada por sus hijas. El tiempo había pasado, Lot vivía ahora en Soar, y de Sodoma no quedaba en su mente más que el agradecimiento a Dios. En cambio, la tierra donde tiempo atrás había estado Sodoma y Gomorra guardaba bajo la tierra dolor, disipación, furia y sobre todo una curiosidad tan grande que se convirtió en misterio, y éste se personificó en una especie de dios que inducía a todo lo que se acercaba a él a llegar al punto central de todas las cosas.

Este dios al descubrir los secretos más íntimos los devoraba, los guardaba en su interior y los utilizaba para provocar curiosidad en todo aquel que pasaba por esas tierras. Con el paso del tiempo su existencia empezó a ser notoria, la gente comenzó a temerle, huían de esos caminos sin importar tener que caminar lo doble; eran pocos los intrépidos que se arriesgaban a cruzar, ¿qué pasaba con ellos?, nadie sabe, excepto que la curiosidad los había alejado de la vida. Ya no indagaban más, sabían que merodear podía llevarlos a la muerte. Su presencia provocó que la gente comenzará a nombrarlo de diversas maneras, algunos como mujer, otros como hombre, hasta que una noche el viento gritó *Thajayew*, las personas de los pueblos más cercanos voltearon a verse los unos a los otros mientras la piel se les erizaba, todos habían escuchado el grito del viento, les quedaba claro que aquel dios les había enviado su nombre. A partir de ese momento *Thajayew* fue adorado por

todos los pueblos de alrededor, le llevaban ofrendas, animales, pero sobre todo le contaban cosas, las cosas más secretas y oscuras de cualquier ser humano, esto hacía que fuera cada vez más poderoso aunque también le provocó debilidad, ya no tenía sentido que se posesionara de hombres y mujeres, ellos iban hacia él y le contaban historias, sabía los secretos más íntimos de todos, incluso de los propios dioses y diosas. Este hecho enfureció a los dioses quienes comenzaron a sentirse débiles frente a su poder, fue así que una noche se reunieron en busca de una solución para deshacerse de ese dios creado por el despojo de una ciudad destruida por *Soy el que soy*, dios del pueblo hebreo a quien en gran parte también ellos le temían, era omnipotente, superior a todo porque era todo en uno, no como ellos, sin más poder que la particularidad con la que habían sido creados, pedirle ayuda era algo que no harían, eso significaría regresar a la esencia de lo que eran sin más don que ser a partir del otro. Todo estaba en Silencio, no había mucho que hacer, no tenían nada claro, no sabían cómo luchar ante *Thajayew*. El poder que tenía parecía ser tan omnipotente como el de *Soy el que soy*, de repente, *Bastet*, diosa egipcia de los rayos del sol, recordó la noche en la que *Soy el que soy*, destruyó la ciudad de Sodoma, contó a los otros dioses el acontecimiento enfatizando a aquella mujer que por curiosidad había sido convertida en estatua de sal, ¿quién más podía acabar con *Thajayew*? Sólo la propia curiosidad humana podría terminar con la curiosidad del alma. Los dioses quedaron sorprendidos y un poco enfadados por tener que ser salvados por un mortal, muchos se negaron pero *Bastet*, enfadada dijo: ¿Acaso no perciben que existimos por los mortales, no son ellos quienes nos dan nombre y nos hacen existir por el hecho de pronunciarnos, acaso no son ellos quienes han otorgado poder a *Thajayew*? Tenía razón, los dioses, cualquier dios siempre dependerá de la humanidad para existir. Fue así que eligieron a *Heket*, la diosa rana patrona de los nacimientos para devolverle la vida a la mujer de Lot. Esta diosa se sintió privilegiada por unos instantes pero conforme los dioses la miraban no entendía qué era lo que tenía que hacer. *Bastet* adivinó su pensamiento y le dijo, ¿por qué dudas?, ¿acaso no eres tú la diosa que otorga la vida?, lo único que tienes que hacer es dejar caer un poco de tu humedad sobre el lugar donde quedó disecada en azufre la mujer de Lot, de lo demás,

Hathor, la diosa del amor y la alegría y yo nos encargaremos. *Heket* suspiró, se dejó caer sobre el espacio del cielo, tomó su cabello, acarició su rostro, sus labios, su cuello hasta resbalar al pubis para beneplácito de los dioses. Las diosas la observaban, conocían la manera que tenía *Heket* de entregar la vida a lo que deseara. Al llegar al pubis, *Heket* dio inicio a un fabuloso espectáculo perdiendo el sentido al magrearse una y otra vez.

Después de un largo tiempo, una gota, tan sólo una molécula de la humedad de su cuerpo, cayó sobre las cenizas de la mujer de Lot. Aquel polvo azul grisáceo comenzó a moverse, era como si el viento del norte manifestara aquella excitación provocada por *Heket* creando un remolino azul, tan azul que el marino se fundió con el nocturno cielo. La diosa rana, respiró, se enderezó, limpio la saliva que le escurría de la boca y sin decir nada se perdió en la parte aguda del cielo. *Basted* y *Hathor* se miraron fijamente, se dieron un largo beso y cayeron a tierra unos cuantos pasos de aquel remolino. Todo estaba oscuro, la luna huía dejando una nada del universo.

Thajayew, al transitar la esencia de la noche, comprendió que algo sucedía, era maravilloso saber que algo nuevo llegaba a ese lugar desértico y maldito, miró alrededor, espero unos segundos y percibió que nadie llegaba a ofrendarle y saciar su curiosidad; caminó hasta el remolino, sorprendido estiró una mano, sintió un escalofrío y ríó con estruendosas carcajadas. *Basted* y *Hathor* se besaron nuevamente y sin hacer mucho ruido soplaron apaciguando el remolino. En ese momento, una mujer hermosa se dejó ver sobre el piso, su piel era blanca con destellos azules, su cabello negro. *Thajayew*, sorprendido se acercó, tomó a aquella mujer entre sus manos, la levantó, la ofreció al cielo y la llevó hacia la profundidad de la noche.

Por un largo camino los minutos pesaron, desaparecieron, regresaron y *Thajayew* parecía haberse disuelto en la nada de ese todo creado por los dioses; desesperadas por la ausencia del dios, *Hathor*, emprendió una caminata hacia la profundidad, caminó erguida, sin temor, hasta que, sin decir nada, camino hacia atrás, *Baasstedd*, tartamudeaba, era inverosímil lo que veía. *Basted* se acercó y reaccionó de la misma manera que *Hathor*

¿Qué era aquello que observaban?, ¿era algo tan inusual para sus ojos?, pero, qué podría ser, ellas eran diosas, vivían alrededor de cientos de dioses, volvían con el poder, qué podría sorprenderles.

La imagen realmente era indescifrable., *Thajayew* había recostado a la mujer de Lot sobre hojas secas, había cortado el Árbol de la Vida, que aquel Dios omnipotente poseía, con tanto cuidado que hizo expulsar del paraíso a los primeros hombres, y quien para esconderlo de la avaricia de los humanos lo había vuelto a sembrar en aquella ciudad tan perversa que jamás se darían cuenta de que ese árbol existía, sólo los otros dioses lo sabía, pero jamás se atreverían a luchar contra *Soy el que soy*, en cambio *Thajayew*, había talado el Árbol de la Vida, había hecho un agujero en su centro y ahí dentro tenía a la mujer de Lot, era increíble la soberbia en la cual se encontraba este dios, *Basted*, estaba sorprendida mientras *Hathor*, temblaba, sabía que aquel Dios creador vendría a recobrar la savia de su árbol, nadie sólo ÉL podía detener a *Thajayew*.

En un segundo las cosas parecían empeorar, la mujer de Lot estaba desnuda dentro del Árbol de la Vida, mientras el dios lamía el jugo que resbalaba del tronco para después relamer el cuerpo de aquella mujer quien entre jadeos recuperaba el hálito. Aquella mujer con piel azul, era hermosa, delgada, similar a la muerte y distinta de la putrefacción. Abrió los ojos, intento enderezarse, pero *Thajayew* puso su espalda sobre la dureza del tronco, la poseyó, la penetró cuantas veces quiso sin importarle el dolor que ella sentía más allá de sus piernas sin dedicar un segundo a ver su rostro. ÉL era un ser fuerte, ella, aunque hermosa, estaba recreada no engendrada, esto la debilitó hasta casi llevarla de retornó a la muerte. Cuando *Thajayew* observó la debilidad en su mirada, la poseyó por última vez, sí, esa fue la última vez que la gozó.

Después de regar su semen en su interior, *Thajayew* la sepultó dentro del Árbol sin importarle los gritos y lamentos que salían desde su debilidad. Fue así como la mujer de Lot quedó encerrada dentro del Árbol de la Vida. *Basted* y *Hathor* al ver semejante acción huyeron al cielo, regresaron y contaron lo ocurrido a los dioses, no había nada que hacer, ni Ra, ni Osiris, podrían hacer algo, el Árbol de la Vida había sido violado, ultrajo al igual que aquella mujer quien había regresado de la muerte para vivir en la eternidad de aquél Árbol.

Los dioses sabían que no podría morir, aquel dios la había impregnado con demasiada savia, La mujer de Lot había renacido de las cenizas para jamás volver a morir, para nunca volver a sentir la vida. *Thajayew* sembró el árbol nuevamente y tras lamerlo el Árbol volvió a la normalidad, parecía que nada había pasado, no tenía heridas, no tenía aperturas, pero tenía una mujer en su interior, una mujer de sal que jamás volvería a conocer la muerte ni la vida.

En el interior del Árbol la mujer de Lot intentó escapar, no tenía miedo, sabía que no moriría, con el paso del tiempo percibió que estaba preñada, *Thajayew*, había engendrado en ella a su descendencia, él lo sabía, por eso la guardaba en aquél Árbol, para que sus hijos tocarán la savia del Árbol de la Vida.

La mujer comprendió y decidió esperar aquel ciclo pero la desesperación la embargó, escuchaba ruido, voces, y aquella curiosidad que tiempo atrás la había disecado era la misma que se impregnaba en ella. Comenzó a rascar la corteza del Árbol poco a poco, hasta que logró escapar, *Thajayew* no había vuelto, confiaba en el encierro.

En el interior del cielo los dioses estaban confundidos, enojados, se sabían culpables, pero era difícil aceptarlo, ninguno de ellos podía decir que era el causante, por eso entre miradas cómplices culparon a *Heket*, ella había depositado su humedad en las cenizas de azufre y había devuelto la vida a la mujer, *Heket*, estupefacta y adolorida por la traición, guardó Silencio, se alejó algunos metros y frente a todos los dioses comenzó a tocarse. De su cuerpo caía agua, no gotas, agua provocando en la tierra una fiera tormenta eléctrica, sus jadeos eran relámpagos en el cielo, truenos, la humanidad temblaba, no comprendía porque llovía de esa manera, oraron, hicieron sacrificios y nada, el orgasmo de *Heket*, asesinaba a una parte de la humanidad a través de un diluvio. Cuarenta días después la diosa dejó de gemir, los relámpagos cedieron, la lluvia se hizo tenue hasta desaparecer, en el cielo *Heket* moría, era la primera vez que un dios o una diosa se quitaban la vida. Esta diosa había ocupado su placer y su don para su propia muerte, ese era el castigo que ella le dejaba a los dioses. Los dioses vivían en parte por el agua que ella emanaba de su cuerpo cuando la gente dejaba de creer en ellos, ahora, los dioses morirían. Los dioses temblaron y decidieron olvidarse de la humanidad

antes de que ellos los mataran, no era de dioses dejarse asesinar por un mortal.

Mientras tanto Thajayew sonreía, ahora gobernaría al mundo, su descendencia se guarecía en el Árbol de la Vida. Al recordar esto sintió un fuerte escalofrío, algo estaba mal. Fue así que caminó y caminó hasta llegar al Árbol, su cuerpo se contorsionó al ver un hueco, pero no, ese no era, estaba seco, arrugado, sin brillo, toda la savia se había extinguido. Sintió miedo, se dio cuenta de lo que significaba, sin saberlo se había provocado la misma muerte que los dioses.

Un estridente gritó salió de su entrañas, sin el Árbol de la vida la muerte era evidente para siempre; antes se tenía la esperanza de una vida después de está, ahora desaparecía, la gente moriría como era lógico pero lo haría para siempre, no llegaría a ningún sitio y él era el culpable. Sintió miedo y furia, corrió y en el cansancio fue en busca de la mujer de Lot. La buscó de un lado a otro hasta observarla tirada en el suelo con el vientre abierto, había asesinado a sus hijos, *Thajayew*, se paralizó, su última esperanza había muerto. Se acercó a ella y la observó fría, azulmente húmeda, invocó a Dios, - no a los dioses-, y pidió perdón una y otra vez, pero *Soy el que soy*, jamás respondió. Fue en ese instante cuando comprendió el Silencio de Dios, cuando descubrió que estaba hecho de odio, de curiosidad, de todo lo que Dios había exterminado, entendió que la afonía de Dios era porque sonreía, Dios sabía que sólo la maldad podía acabar con la maldad, se sintió traicionado, herido, engañado por sí mismo a través de una mortal a quien le había entregado la vida eterna. La mujer lo observaba, él le deseó la muerte, pero ella jamás moriría, la maldijo, la condenó a volverse un pájaro, un ave que siempre sería perseguida por los hombres por el símbolo de la vida eterna, la sentenció a morir cada cien años, a hacerse cenizas y resurgir, y entre gritos se devoró a sí mismo.

Y sí, fue una noche cuando la mujer de Lot se convirtió en estatua de sal, para ser un Fénix.